

FEBRERO DE 1934

DARDO CUNEO

LA INSURRECCION DEL AUSTRO-MARXISMO

Hace un año los obreros de Viena y Linz batíanse en las calles, construían barricadas donde izar la bandera roja y descargaban sus armas desde las ventanas de sus edificios colectivos. Eso hace un año. Hoy al recordarlo no podemos, pues la jornada no ha finalizado en Austria ni en la Argentina, ensayar el homenaje épico a la memoria de los hombres de nuestra misma clase que cayeran valerosamente, resistiendo el golpe de estado del canciller social-cristiano. Estamos a tiempo de examinar la experiencia y recojer sus conclusiones. Por eso, insistimos en relegar para otra oportunidad, la hora de la revancha tal vez, el homenaje inspirado al heroísmo proletario. Hoy queremos volver la vista a través de un año con otra finalidad. Aspiramos a señalar lo conveniente e inconveniente que de parte de los austro-marxistas estuvo presente en la jornada.

Al responder a la provocación del intérprete de la burguesía clerical austriaca el proletariado ocupó la defensiva. Defendió sus casas, sus cooperativas, sus imprentas, las instituciones que su potencia constructiva había elevado como expresión de un nuevo orden que se genera dentro del capitalismo en bancarota.

Al construir la barricada informó su arrojo la idea de defenderla. Se batieron resistiéndose a retroceder. No atacaron pues, solo defendíanse. ¿Vanadores en el combate habrían avanzado sobre el frente enemigo enajenando la posición defensiva por la del ataque?

Nuestra hora sorprende al proletariado en la defensiva, más que en la ofensiva. La nueva forma política de la burguesía inaugurada con Mussolini clausurando el período de la democracia burguesa propio del capitalismo floreciente de ante-guerra le sitúa en esa posición. La contrarrevolución es en esta oportunidad más ofensiva que la revolución misma. Y la defensiva es la faz primaria de la derrota, la ofensiva lo contrario. Esta inspira al combatiente la seguridad en la victoria. El fusil que cargó en sus hombros el obrero de Linz y de Viena debía disparar cuando fuera ultimado; recién entonces, debía estar justificada su

función. Ese es el error principal que merece destacarse y que hizo suyo el austro-marxismo. Tiene su explicación. El proletariado austriaco carecía de un contenido revolucionario, ya en su orientación teórica, ya en el temperamento de la mayoría de sus militantes organizados bajo una dirección burocrática. Su filiación era revisionista. La obra por él realizada dentro del régimen capitalista había disipado su espíritu combativo, no concebía la lucha frente a frente, clase contra clase, sino en el recinto del parlamento o en el comicio electoral, hasta que vióse frente a ella en los días de febrero. Entonces no atinó más que a defender lo que su sinceridad socialista y su error doctrinario había construido sobre "terreno ajeno".

La resistencia, por instantes desesperada, no podía ejecutarse de acuerdo a una estrategia precisa. La insurrección careció de una táctica. Más, acordemos, que la actitud insurreccional del austro-marxismo en los días de febrero del 34 era consecuencia de su posición teórica dentro del socialismo. Su izquierda, que fué la que acudió al combate mientras desertaban otros, no llegó a inspirar la conducta del partido. Aguardaba su dirección, soluciones políticas desde el sector gobernante de la burguesía que importarían una nueva concesión cuando se disparaban en Linz los primeros tiros.

El austro-marxismo dejó en 1927 pasar su hora, sin aprovechar en beneficio de la revolución condiciones objetivas. El levantamiento proyectado entonces por la fracción de la izquierda fué condenado por la dirección reformista que orientaba al partido, y con él, a la clase trabajadora austriaca, hacia la derrota. Un paso decisivo hacia la derrota de febrero dióse en esa oportunidad. Parte de la responsabilidad de ésta corresponde a la dirección de entonces.

Vivimos horas de transición. La suerte de la clase trabajadora se juega en nuestros días. Pues que las enseñanzas sean recogidas y aplicadas en la lucha que día a día tiende a intensificarse.

Hay que dejar hablar

★

El país se halla abocado a una de las crisis económicas más grandes de su historia. Al coincidir la depresión agraria y ganadera con la industrial y comercial, se registran efectos desastrosos en todos los órdenes de la vida argentina. No hay renglón de las actividades productivas que no experimente una honda perturbación; no hay sector del mercado de trabajo en que no hubiere millares de desocupados.

Por otra parte se observa que la actual anarquía en este país se diferencia fundamentalmente de fenómenos similares anteriores. Sus efectos prolongados e incisivos violentan el armazon normal de la economía y despiertan tentativas de reajuste dentro de un plano peligroso para la clase trabajadora. Su resultado más visible es la concentración de la actividad productora en monopolios manejados por grandes acumulaciones de capitales. Las pequeñas empresas, sean industriales, rurales o comerciales, sufren por igual esta nueva orientación de los elementos económicos argentinos. El capital financiero que respaldaba antes sólo determinadas grandes unidades de la actividad argentina, invade ahora con su enorme potencialidad material muchos campos de la producción que parecían reservados a un tipo de empresa pequeña o mediana. Un día son los frigoríficos, cuyas maniobras con las cotizaciones de la materia prima destruyen en pocas semanas millares de industrias menores; otro día son los capitales de consorcios mercantiles del tipo Bunge y Born que se lanzan a decenas de nuevas actividades, absorbiendo ramas enteras de la producción nacional. Y otro día, finalmente, es el capital de finanzas ultramarino que logra con una supuesta coordinación del transporte, ventajas escandalosas para empresas nuevas y viejas.

Este cambio en las relaciones de producción, que nos podría dejar indiferentes en cuanto se tratase sólo del traspaso de un conjunto de ramas industriales a otros propietarios, cobra aspecto de grave problema social cuando en el

proceso de concentración de capitales se empeoran las condiciones de vida del productor; que es evidentemente lo que sucede.

En la campaña argentina no ha existido nunca tanta gente que vive desde hace años desarraigada de un lugar de trabajo permanente. En más de un cuarto millón se puede calcular el número de los obreros rurales que se han convertido en masa nómada que bivaca bajo los puentes y alcantarillas, sin saber donde trabajará, comerá o morirá en el día de mañana.

A centenares de miles asciende también la cantidad de desocupados en las ciudades, y otros tantos son los que no tienen un trabajo regular. Difícilmente se hallará un hogar obrero en que no haya alguno de sus miembros acorralado por la miseria.

Las angustias de la clase trabajadora argentina son una realidad que en estos momentos no niegan ni siquiera los voceros de la burguesía. A su vez, falta todo indicio para que el pavoroso panorama cambie de contornos.

En la debacle económica están naciendo, por otra parte, resultantes políticas que no pueden sino preocupar al movimiento socialista. La masa que deambula con su miseria a lo largo de las vías y que llena las ciudades en un desesperado afán de hallar cualquier labor, va en tren de una desmoralización que la hace apta para cualquier vuelco político. El fascismo opera ya activamente dentro de esta miseria colectiva, ofreciendo bajo las declaraciones de una demagogía radical y nacionalista puntos peligrosos de convergimiento para las penurias materiales del pueblo. Por de pronto se manifiesta el descontento de las masas sólo en una sorda negación del actual estado de cosas, pero ¿cuanto tardará en desbordarse hacia lo que su inconciencia de clase le presente como la línea del menor esfuerzo? Las perspectivas son, desde luego, en estos mo-